



Eduardo Mendicutti

Una

soleada mañana de otoño loco, con sus soles a destiempo y sus temperaturas moderadas, vemos camino arriba de Génova, por donde Eduardo Mendicutti, suena su nombre a torero genovés o a personaje cachondo del Tenorio, aposenta sus reales. Allí escribe cuentos, artículos y novelas. La historia del alma, por eso nos dice que a veces cuando la gente cree entrever la biografía, auto, son en realidad las vivencias ajenas; y cuando se creen más lejos, son las verdaderas experiencias personales. Allí, en un estudio capaz de albergar un gimnasio hablamos de lo divino y de lo humano; es decir, se su profesión de escritor.

Eduardo Mendicutti ha parido éxitos del calibre de *"El palomo cojo"*, que ha sido llevado a las pantallas de cine. Colabora, además, en el periódico EL MUNDO desde que salió a la luz, con dos columnas semanales. Es un hombre de pluma lacerada, de voz radiofónica y profunda, como sus ideas y sus frases; que se define así mismo como un alguien interesado por la vida, por el lenguaje, por el humor como parte esencial de esa vida. Cree que la ambición mal entendida es una falta de educación; pero piensa que el no trabajar para conseguir los propios sueños, constituiría una gran traición a uno mismo.

A veces se queja de que es fácil quedarse en la superficie de los libros. Dice que los suyos tienen una cáscara muy vistosa que, a veces, puede ser una trampa para un lector perezoso.

—El primer recuerdo que tengo de escritura fue cuando tenía siete u ocho años y vivía con mi familia en el Puerto de Santa María, en Cádiz. Allí, una vecina nuestra, que es prima de Rafael Alberti, me contaba unos cuentos ante los que yo me quedaba embobado. Un día empecé a escribirlos, los copiaba, y cuando todo el mundo decía ¡caramba, hay que ver lo bien que escribe este niño!, ella nunca me delató. Así que, en realidad, empecé cometiendo un "pequeño fraude literario", que me puso en el disparadero de la escritura.

—¿Qué le inspira a la hora de escribir?

—La vida. Yo suelo decir que soy un escritor con poca imaginación, aunque todo el mundo dice lo contrario. Lo que sí tengo es capacidad para tergiversar la vida y hacer que encima parezca verosímil. La vida tal cual es no tiene estructura ni tiene cuerpo de novela; y eso, al fin y al cabo, supone tener que inventar. Mis novelas tienen parte de biografías manipuladas a mi antojo, parte de testimonios periodísticos. En *"Una mala noche la tiene cualquiera"*, el 23-F, un travestí cuenta cómo pasó esa noche pensando que iba a perder su libertad. En *"Los novios búlgaros"*, el motivo es la caída de los países del Este y el movimiento migratorio de esos jóvenes hacia Occidente, mientras reclaman unas libertades prometidas. A la caída de algunos muros, en Occidente se han levantado los del miedo y >